



FULFORD

por Gunter Silva

*“La soledad no tiene nada que ver con
la cantidad de gente que está a tu alrededor”
Ministerio de la Soledad, Reino Unido*

A sus cincuenta años, Jim Fulford no había conocido el amor. Esa mañana se miró al espejo y cortó unos vellos blancos y ásperos que sobresalían de sus fosas nasales, luego retrocedió hasta verse el torso desnudo. Se apretó un rollo, como para comprobar que no sólo existía en el reflejo. Ahí estaba, el pedazo de grasa entre sus manos, la panza peluda, algunas estrías, y una pequeña cicatriz de sus días de obrero en una fábrica de metales.

Por la noche apareció en su bar local, The Nags Head, un espacio lúgubre y mal iluminado, con un olor raro, pero que tenía un lugar especial en su corazón; la comida y las bebidas eran malas pero baratas. A menudo se encontraba con el propietario y charlaban sobre asuntos del vecindario y la tabla de fútbol. Muchas veces habían riñas o borrachos dementes pateando el urinario del baño en las madrugadas. Jim caía cada vez que podía por una pinta de cerveza antes de irse a dormir. Apareció a media pelea de boxeo que transmitían en la tele. En el séptimo round, Hill encajó dos ganchos rápidos de izquierda, seguidos de un potente derechazo que obligaron a retroceder a McGowan. Luego, Hill se agachó para esquivar un puñete directo al ojo izquierdo. Jim imitaba desde su silla el movimiento de los pugilistas: golpe al mentón, ganchos, directos y golpes mixtos que traspasaban el aire al vuelo. La pelea cambió en el octavo round,



cuando McGowan aplicó un derechazo contundente en la cara de Hill. Desde ese momento todo fue cuesta abajo para Hill, pretendió contraatacar pero McGowan mostró gran movimiento de cadera e intentó abrir la guardia de su rival para luego rematarlo a golpes. Jim perdió el interés en la contienda, había apostado cinco libras a Hill y era dinero perdido.

Jim no solía tragar a los inmigrantes porque iban sucios, no sabían comportarse y generaban bronca, sin embargo; Diego le caía bien. Era el único barman que le ponía unas copas de más sin cobrarle. Duncan, el propietario, había dicho: *Diego es una mesita de noche que se cree ropero*. Esa imagen, le hacía gracia a Jim, no podía contener la risa cada vez que lo veía. Y con el tiempo había aprendido a aceptarlo. En la barra Jim vaciló: vodka tónica, y después corrigió. No, una pinta de cerveza mejor. El cantinero le sirvió de inmediato, Jim pagó y acto seguido, se reclinó en el mostrador.

– Qué lata lo de Hill.

– Así es la vida, Diego. A veces se pierde a veces se gana, una lucha violenta. El boxeo lo representa bien, dijo Jim, mientras daba un sorbo a su bebida.

Una mujer lo saludó desde la ventana. Jim la reconoció, era su vecina, una anciana de rasgos asiáticos, un tanto extraña. Jim devolvió el saludo con una reverencia de cabeza, pero la silueta desapareció de su ángulo de visión. La escena le pareció una alucinación, un acto mágico; un bulto negro quedó bailoteando en el vértice de la ventana.

– Sigues con tus citas a ciegas, Jim?

– Sí, también necesito amor, no soy de hierro, no soy masoquista, ni santo.

– Qué tipo de mujer andas buscando?

– A estas alturas, cualquier cosa que respire.

El martes, Jim partió a su cita a ciegas, llevaba más de tres años tratando de conseguir una compañera. Cruzó el parque colmado de esqueletos de robles y álamos, atravesó un muro donde los graffitis se superponían unos a otros como pinceladas ágiles en los cuadros de Pollock. Descendió por el atajo de Grimwade Lane y esperó el autobús.

Arribó a The Pike mucho antes de lo pactado y se halló completamente solo en el restaurante, sentado frente a un vaso de cerveza, ante una de las mesas del rincón. Nervioso bebió la cerveza helada a sorbos cortos. Cuando Elsie apareció, Jim se levantó para acomodarle la silla. Tenía la nariz amplia, los ojos cálidos y claros, de mirada inquisitiva, la boca carnosa y roja. Se instaló en la silla con soltura y cruzó las piernas. Jim pudo ver las varices que empezaban a treparle por las pantorrillas, eran venas verdes, a modo de enredaderas silvestres.

Ordenaron *fish & chips* y durante un rato permanecieron frente a frente, congelados y mudos, como hielos gigantes en el océano Ártico. Elsie le observó las manos, Jim también se detuvo a verlas, eran gordas y diminutas pero brotaban de ellas unas pelusas flacas y largas de forma desordenada. Sus manos dejaron de sostener los



bordes de la mesa y fueron bajando hasta terminar dormidas sobre su regazo; después sintió algo de vergüenza por haber tenido que esconderlas.

– ¿Cuánto pesa un oso polar, Elsie?

– Ni idea. ¿Tú lo sabes?

– Lo suficiente para romper el hielo que hay entre nosotros, dijo Jim con un tono travieso en su voz.

Ella sonrió de un modo mecánico poco convincente, pero luego reventó en carcajadas, abrió la palma de la mano y se cubrió la boca como una terrible actriz de B movies. Él pensó que tenía una buena oportunidad ésta vez. Durante un rato comieron callados bajo la mirada atenta de los mozos y los comensales; ella devoró todo el plato, en cambio Jim, dejó el puré de alverjillas verdes sangrando con unas manchas de salsa de tomate.

– ¿Papas fritas o maní?

– Papas fritas.

– ¿Jagger o Lennon?

– Mick.

– ¿Rubias o castañas?

Jim supo de inmediato que Elsie era castaña por el color de sus cejas pero que había teñido su cabello de rubio; por un momento dudo, pero luego se decidió por rubias. Elsie pareció aprobar la respuesta con un guiño. Conversaron sobre sus familias, amigos y sus gustos personales, hasta que trajeron el postre. Jim estaba feliz de que varias de sus bromas habían funcionado. *Se conquista a las mujeres con una billetera grande o con un humor exquisito*, había dicho Duncan. Jim le creía, se acababa de casar con la quinta esposa y en el pub siempre estaba rodeado de mujeres.

– En una época, cuando los platos azucarados eran poco comunes, el postre era sinónimo de frutas maduras, servidas solas. Para mí, aún no existe una forma más agradable de terminar una comida que con el sabor de algo fresco, limpio y dulce, dijo Elsie, mientras terminaba su ensalada de frutas con miel y zumo de limón.

Él no era muy apasionado a los dulces ni a las frutas, sabía que el alcohol y el dulce no eran buenos amigos. Ahí estaba, peleando con un trozo enorme de torta de chocolate, se limitó a sonreír. El comentario de Elsie le pareció sofisticado, que desentonaba con el lugar, pensó si acaso había sacado la frase de una película o un documental de la BBC.

En su camino a los servicios, Jim pidió la cuenta al mozo explicando que tenía prisa. Elsie quiso dividir los gastos pero él ofreció pagar todo. Afuera, Jim contempló las nubes y le parecieron una manada de burros polvorientos y ennegrecidos. Caminaron juntos un trecho, tomó valor y preguntó si se volverían a ver. Ella mantuvo la mirada fija en el suelo, parecía zambullirse en el silencio, luego pasó los dedos por su cabello y arregló un mechón que le caía en la cara.



– Quiero que sepas que eres decente. La agencia me ha conseguido un hombre que parece honesto, integro; pero no siento que haya química entre nosotros, dijo Elsie, encogiéndose de hombros.

– Está bien.

– Además, eres gracioso y la he pasado muy bien, pero no eres el tipo de...

– Entiendo, dijo Jim. Tenía la cara ardiendo.

– Confío en que no te sientas mal.

– Tranquila, no hay problema.

– Tal vez algún día encontrarás a la persona que andas buscando y...

– ¡Basta ya, Elsie!

A la mañana siguiente, Jim tuvo una corazonada, se marchó de la tienda de apuestas con el ticket en la mano, pensó que McColl derrotaría al mexicano Robles esa tarde. Las apuestas y el alcohol siempre se escapaban de su control, eran como un poderoso impulso que no lograba contener. Paseó por el salón del bar, ordenó a Diego cambiar el canal de la tele a Sky Sports. ¿Dónde diablos estaban todos, maldita sea? murmuró. Pidió una cerveza, se sentó frente a la pantalla y suspiró. Cuando empezó el primer round el pub ya estaba repleto. Robles siendo tan joven casi no tenía dientes, alguien en la mesa contigua comentó que los había perdido en una pelea callejera.

Jim sostenía el ticket y el encendedor en el puño izquierdo. Un pelirrojo enorme le preguntó si escondía un cuchillo ahí. Jim pensó que era una mala broma, un borracho despistado preguntando estupideces, pero luego entendió que el pelirrojo sospechaba de alguna arma. *Cómo te atreves...*, contestó Jim, pero antes de que terminara la frase, había recibido un golpe en seco que lo tumbó de la silla. Jim se irguió tratando de avanzar y enfrentar a su oponente, pero se lo impidió un golpe de derecha del pelirrojo, que fue directo hacia la boca. Duncan fue en su rescate, se interpuso entre los dos. *Vamos a calmarnos*, sentenció con los brazos abiertos.

– Me acusa de tener un cuchillo, titubeo Jim sin convicción.

Ese sujeto carga un arma, gritó una voz desde la barra, como tratando de prevenirles ante cualquier desastre. El pelirrojo tras soltarse de dos tipos que lo agarraban, se agachó y rebuscó un instante para sacar un cuchillo que llevaba escondido entre sus botas.

Jim retrocedió un poco, al ver brillar la hoja de acero que emergía de la mano tatuada del pelirrojo. *Tranquilo Fulford*, le dijo Duncan, *acaba de salir de la prisión de Brixton, no la va a utilizar, eso es simplemente una vieja costumbre*. Jim esbozó una sonrisa torcida a modo de respuesta.

– Es mejor que te vayas a casa hoy, Fulford. El negocio está primero, espero que me entiendas, le susurró al oído.

–¿Entenderte? Eso, Duncan, pregúntamelo en treinta años.



Minutos después, compró unas latas de cerveza en la barra, el espejo del bar le reflejó a un hombre de rasgos violentos y unos ojos tímidos. Un tipo alcoholizado le decía a su amigo que nada justificaba el exceso de casas de lujo vacías, mientras todos los demás nos apiñábamos en lo que queda de las viviendas sociales. A Jim le pareció un comentario justo. En el exterior, el viento frío le cayó en la cara y la luz del alumbrado público reptó relampagueante a sus espaldas. Ya nada era lo mismo, pensó.

Regresó a su piso cuando oscurecía, nunca imaginó que las praderas espesas que rodeaban su edificio años atrás, fuesen reemplazadas por ladrillo, cemento y una autopista ruidosa en la parte trasera. Escuchó el resto de la pelea de McColl y Robles en la radio mientras bebía y fumaba. Al día siguiente, los desperdicios de la noche anterior saltaban a la vista, varias latas de cerveza estrujadas, un encendedor, dos cajas de fósforos vacías, cigarros aplastados y un cenicero repleto navegaba en las losetas azules de la cocina. No se acordaba de nada, salvo de que McColl había ganado. Buscó su ticket en el bolsillo de sus pantalones y besó el papel arrugado. Advirtió que sus puños sangraban y a un lado reposaba una almohada destrozada con dureza, más allá, un cúmulo de plumas blancas manchadas de sangre se esparcían por el suelo.

Se duchó y bajó a comprar dos barras de pan, cuando regresó, su vecina leía un cartel de la administración informando que el ascensor estaría en reparación hasta el mediodía. *Es el ascensor más lento que he visto en mi vida y ahora esto*, dijo Jim. La anciana lo miró y sonrió, era un rostro sereno y enigmático; llevaba puesta la misma túnica negra con cuellos altos y almidonados. Jim recordó el saludo desde la ventana del pub, unas noches antes. Se ofreció a ayudarla a subir las dos canastas enormes con las compras del supermercado que llevaba a cuestas. La anciana arqueó una ceja, pero luego aceptó la oferta. Por las escaleras, Jim, observó que nunca la había visto vestida de otro color que no fuese negro. Ropas de luto, propias de una anciana viuda, pensó. Ella le seguía los pasos, parecía de una agilidad felina y sus ojos negros brillaban por el pasillo angosto de las gradas. En el tercer piso, volteó a comprobar cómo estaba la anciana, y no había nadie detrás de él, tan solo el aire gélido que congelaba su cuello y sus orejas, continuó subiendo lentamente los peldaños, luego notó la sombra de la anciana que lo seguía a sólo unos centímetros. Pensó que caminaba descalza, por la falta de sonido en sus pisadas, pero no pudo ver sus pies por culpa de la túnica que lo cubría todo. En el sexto piso, la anciana lo invitó a pasar a su departamento. Era un espacio pequeño, de tres piezas, recargado de objetos: rocas de extrañas formas, obsidiana, carnalita, feldespatos, piedras con fósiles, retazos de espejos, amuletos de superficie vidriada, pequeñas y medianas esculturas de loza, ceniceros repletos de cuarzo molido y pudo observar sobre una repisa un botellón lleno de agua turbia donde parecía vivir un feto de alpaca o de perro. De pronto, Jim tuvo un ligero miedo, luego un miedo extraño que le hizo temblar el brazo izquierdo, toda la atmósfera en ese universo parecía fuera de lo racional. El miedo se evaporó cuando reapareció la anciana con una caja forrada en tela roja y moño dorado. Era un obsequio que no quiso aceptar al principio, pero la anciana insistió. Agarró con una mano, sopesando una caja ligera. La anciana se lo quitó y con unas



señas, le dio a entender que lo recibiera con las dos manos. Jim agarró el paquete esta segunda vez muy fuerte y con las dos manos. Le agradeció aquel gesto y la anciana torció los labios. El sol empezaba a iluminar el piso y los objetos raros empezaron a emitir cierto brillo deslumbrante y acogedor.

Una vez en su cuarto, abrió con cuidado el regalo, primero removió el listón dorado y luego el papel rojo que parecía papel para envolver chocolates o galletas de la suerte; un calor denso, pegajoso, sofocante, empapaba el aire del cuarto desde la caja. Adentro, un manto de terciopelo cubría el regalo, tenía bordado unas inscripciones en chino o quizás fuera japonés. La tela mostraba un brillo caprichoso, retiró la manta con cuidado y encontró para su sorpresa una cabellera negra, y luego, lo que parecía un cuerpo encogido. Tomándola de los hombros con suavidad, separó el cuerpo inerte de la caja. Intentó tranquilizarse, sintió una leve arritmia en sus latidos. El cuerpo no media más que un metro sesenta, parecía desencajado y deformado de tal modo que sólo su torso parecía el de una mujer, se quedó un largo rato así, observando los pezones punzantes, la quijada redonda; sosteniendo en el aire ese cuerpo tibio y flácido. Fue entonces cuando Jim escuchó un sonido de máquina vieja, de relojito suizo. Pudo notar que los nervios y músculos fueron cobrando vida, hinchándose, tomando forma, vio un pequeño filtro de luz que aparecía en los ojos de la muchacha; su piel era suave, tersa, blanca y con poco vello. Silicona, peluca y cuerpo tibio, repasó Jim en su mente, después sonrió. *Una muñeca sexual*, balbuceó saboreando cada sonido de las palabras.

Los días siguientes fueron bastantes buenos para Jim, su existencia dejó de ser un desplazamiento lento y continuo por los bares de su barrio, en efecto, por las mañanas salía a caminar, en las tardes pasaba por el supermercado y compraba el almuerzo, comida rápida y sencilla que se cocinaba en el microondas, en seguida escuchaba algún partido o pelea de boxeo por la radio, recostado en el sofá, para luego terminar el día acostado con la muñeca de plástico.

Un día, sin embargo, aceptó volver al ruedo y respondió un email, aceptando una cita a ciegas. La muñeca le había dado cierta confianza en sí mismo, cierta seguridad para lidiar con el sexo opuesto.

El jueves, Jim marchó a su cita. Cruzó el parque colmado de esqueletos de robles y álamos, el viento sacudía las ramas desnudas de los enormes arbustos. Atravesó un muro donde los graffitis se superponían unos a otros como pinceladas ágiles en los cuadros de Pollock. Descendió por el atajo de Grimwade Lane, entró a la casa de apuestas y cobró las 300 libras que había ganado apostando a McColl, caminó frente a la iglesia de St Thomas y la luz del sol le hizo notar el moho castaño, casi cobrizo, que trepaban sus paredes, después, esperó cuatro minutos por el autobús.

Llegó puntual al restaurante, se veía ansioso. Por un momento, miró de soslayo al resto de las mesas. Olfateó el pescado y las papas fritas y se sentó junto al mostrador. Masha apareció retrasada unos minutos, se saludaron, pero ella no accedió a sentarse.



Vámonos de aquí, dijo, no sirven lo que yo quiero. Podemos preguntar si pueden cocinarte algo especial propuso Jim, conteniendo el pánico. The Pike era un lugar en el que se sentía como pez en el agua, estaba en su zona de confort. *Además, es un lugar barato y bueno,* le soltó de golpe, intentando convencerla. *Odio a los hombres que escatiman en los gastos de la comida,* comentó Masha. Jim se paró en el acto con cierta vergüenza y la siguió. Caminaron hasta que encontraron la boca del metro, él la escoltó con obediencia. Ojalá no me lleve a un lugar muy caro, pensó. El ala del sombrero le ocultaba los ojos de tal modo que Jim no podía ver su expresión, pero Misha parecía serena y sensual. Tenía un cabello color naranja y Jim pensó, que por su acento, podía ser rusa, de algún lugar de Europa del este.

–¿Dónde vives?

– Mayormente en Tinder, replicó Masha.

Bajaron las escaleras eléctricas que conducían al subterráneo y abordaron un vagón, ella consiguió asiento pero él tuvo que sostenerse de las agarraderas y viajar parado; se sintió dentro de un gusano que zigzagueaba alocadamente. Jim la observó, su nariz de botón flotaba en el espejo de la ventana, llevaba puesto una minifalda negra y medias de nylon que terminaban en unos tacones rojos en punta.

Cuando emergieron a la superficie, la luz le cortó la cara a Jim, por un momento, toda la ciudad le pareció una sábana blanca, un lienzo donde era posible desplazarse, pero imposible escapar. No conocía bien esa área de Londres, así que decidió pegarse a su acompañante.

Conversaron en el trayecto, era divorciada, confesó Marsha. A Jim le pareció la típica inmigrante bien informada, segura de sí misma, difícil de impresionar. Sus tacones resonaban en la calle y su cabello zanahoria parecía natural y bien cuidado. Bajaron un pasaje oscuro, una cantidad de cuervos volaron sobre sus cabezas. Los pájaros giraban sobre sí y descendían a gran velocidad hasta posarse en las desgastadas chimeneas granate. Doblaron una segunda esquina, y fue cuando Jim recibió un golpe en la cabeza, quedó aturdido y sin aliento. La cabeza le estallaba de dolor y notó que la sangre caliente le recorría la frente, al cabo de poco, le cayeron más golpes, vio a tres hombres antes de desplomarse en el asfalto. Cuando despertó, sintió sus labios hinchados, el frío le quemaba las mejillas, su dedo índice no tenía la uña y sangraba. Se palpó el bolsillo con la billetera y no estaba, también le habían robado el reloj y la chaqueta. *Mierda,* dijo y se levantó despacio. Regresó al metro bajo la lluvia y saltó la barrera cuando nadie lo divisaba. En su barrio, caminó al pub y pidió varias cervezas, anótalas en mi cuenta, ordenó a Diego. En la madrugada volvió a su piso, bebió varios vasos de ron, vino y aguardiente. Se tendió en la cama sin desnudarse y se quedó dormido, por la mañana nuevamente cogió la botella de aguardiente. Se la pasó bebiendo toda la semana, era duro, fumaba cigarrillos sin filtro, una cajetilla tras otra, bebía un número de diferentes productos de alcohol, a veces aguardiente, otras veces vodka o gin hasta dejar casi vacío su anaquel de madera con las provisiones. Deambuló por los parques, cobró su cheque del mes, volvió a beber; también escuchaba las peleas de boxeo por la radio, apostaba a



los boxeadores irlandeses y a los caballos sin mucha suerte y, daba vueltas por su pub local, como un alma en pena. Un día buscó a la anciana, pero el departamento estaba desocupado, preguntó en portería y le afirmaron lo que ya intuía, se había mudado. Fue al pub, sabía que no sería compañía agradable y ni siquiera tenía ánimos para tomarle el pelo a Diego, compró unas latas de cerveza y se las tomó todas en el parque hasta que se hizo de noche.

Por la mañana, despertó a lado de su muñeca con resaca y dolor de cabeza, no era ni la sombra de lo que había sido, tosía; el frío, la humedad, habían destruido su espíritu, la soledad lo había envejecido antes de tiempo. Tuvo sexo con su muñeca, acarició los glúteos de goma fina y luego lloró sobre ella. Al rato, sintió un movimiento extraño, la muñeca primero parpadeó, como si despertara de un largo sueño, luego esbozó una sonrisa, Jim pudo verse en los ojos de ella, era un hombre pálido y despeinado. Se frotó los ojos, no podía creer lo que sucedía, ella se arregló el cabello y se la levantó con una coleta, se sentó silenciosa en el filo de la cama y lo observó sin miedo. Acto seguido, la muñeca se paró de golpe, como si hubiese sido impulsada, hacia arriba, por unos resortes. Las sábanas dejaron medio cuerpo desnudo de Jim al descubierto, ella caminó hasta el armario y se vistió con la bata de Jim.

Él pensó en los billetes que había escondido allí la noche anterior. Pudo observar unos moretones en los muslos y en el pecho de la muchacha que desaparecieron a medida que ella fue abotonando la prenda holgada hasta cubrir su cuello. Ella volvió a parpadear, esta vez con dificultad, tenía el ojo izquierdo inflamado y lagrimoso, debajo un hematoma marcaba su mejilla, Jim la miró incrédulo. Ella cogió el encendedor y una botella de aguardiente con sus dedos alargados y extremadamente finos, y se dirigió a la salida. Segundos más tarde, Jim la vio cruzar el cuarto como un fantasma. Luego, advirtió que sus propios puños sangraban: la almohada destrozada, las plumas blancas teñidas de sangre; tuvo una repentina revelación, pero el cuarto ya empezaba a oler a humo y la madera del piso a crepitar.

Gunter Silva Passuni es autor de la colección de cuentos *Crónicas de Londres* (Lima, 2012) y *Pasos Pesados* (Fondo Editorial UCV, 2016). Estudió en la facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Santa María La Católica. Además, obtuvo un BA en Artes y Humanidades, y un MA en Creatividad Literaria en la University of Westminster. Ha colaborado en diversas revistas literarias y culturales. Y sus textos han aparecido en diferentes antologías e idiomas.

gunter.silva@yahoo.co.uk